

NAPOLÉON HUYE DEL CAMPO DE BATALLA PARA LLEVAR A PARÍS LA NOTICIA DE SU DERROTA



Después de la derrota de su ejército y de ver arruinadas sus esperanzas en Waterloo, Napoleón huyó del campo de batalla en un carruaje. Pero los prusianos le seguían tan de cerca que el emperador se vio precisado a trocar el coche por un caballo; y, apenas hubo salido del coche, cayó éste en manos de sus perseguidores. En su apresuramiento Napoleón se dejó el sombrero en el coche.

CÓMO HUYÓ NAPOLEÓN DE WATERLOO

REFIERE la historia que mientras el duque de Wellingtón, montado a caballo al frente de sus tropas, en Waterloo, les decía: « Manteneos firmes, muchachos » o « Resistamos, caballeros; en la resistencia está la victoria », en el lado opuesto del terrible campo de batalla hallábase Napoleón sentado a una mesa, enterrados los pies entre paja, descansando los brazos en los papeles que tenía delante, inclinada la cabeza, hosca la mirada.

¡Qué figura tan trágica! El gran emperador, el terror del mundo, en medio de la tremenda batalla que había de decidir de la suerte de Europa, aturdido al verse arruinado; aplastado con la certidumbre de la catástrofe. ¿Puede uno imaginarse cosa más extraña y triste?

Imaginémonos los enormes cañones rugiendo en un gran círculo de fuego y humo; los escuadrones de caballería atronando en la llanura, con el sable levantado en alto, y elevando al cielo sus desaforados gritos de combate; figurémonos las largas filas de la infantería, inmóviles los soldados con las bayonetas caladas, mientras detrás de ellos y por encima de sus hombros las segundas líneas descargan su incesante fuego de fusil contra el enemigo que se acerca. Representémonos el clamoreo, el estruendo del cañón y del fusil, el vocerío de los hombres, los relinchos de los caballos y el estrépito de sus cascos al galopar sobre la temblorosa tierra. Pintémonos en la imaginación el movimiento, el ímpetu de la caballería, las maniobras de la infantería, el terrible choque de dos cuerpos de tropas que caen uno sobre otro para emprender una desesperada lucha cuerpo a cuerpo. Contemplemos con los ojos del espíritu este espantoso cuadro, y luego concentremos la atención en la figura dominante del mismo, en el hombre que aparece sentado a una mesa, con un mapa delante, al aire libre, vistiendo su capote gris y botas de montar, inclinada la cabeza y extraviada la mirada,

aturdido por el presentimiento de su inminente ruina.

Y cuando el vencedor de tantas batallas se convence, al fin, de que aquella está irremisiblemente perdida, levántase, inundados de terror sus ojos, para ver por sí mismo la verdad, pero todavía deslumbrada y ofuscada la vista como la de quien no acaba de salir de su estupor. El admirable sueño de cien días, que comenzara con la salida de Elba, está ahora a punto de extinguirse para siempre en Waterloo. Saliendo del campo de batalla, Napoleón sube al carruaje que le aguarda, mientras en torno de él huyen del enemigo los destrozados y sangrientos restos de su derrotado ejército. Cuerpos de jinetes al galope, cuerpos de infantes que escapan a todo correr, cuerpos de artilleros que con indecibles fatigas consiguen apenas mover los cañones; una muchedumbre de gente destrozada que cae tropezando, que llena el aire con sus gemidos, que agoniza y muere; las desgarradas banderas flotando al aire; las anudadas vendas alrededor de las cabezas de los barbudos soldados que parecían blancos al proyectarse sobre el plomizo tinte del encapotado cielo . . . ; un gran ejército sobrecogido de pánico, escapando de la muerte en insano desorden.

Todo esto ve Napoleón con sus ofuscados y deslumbrados ojos.

—¿No está sorprendido Su Majestad?
—dícese que le preguntó alguien a Napoleón.

—No—contestó éste.—Desde los días de Cressy siempre he visto lo mismo.

En Gennappe, los prusianos le seguían tan de cerca que el fugitivo emperador se vió precisado a trocar el carruaje por un caballo, y al hacerlo dícese que tuvo que defenderse con sus pistolas. Apenas dejó el coche, cuando éste caía en manos de sus perseguidores; y tanta fué la prisa con que hubo de huir, que dejó en él su sombrero y su espada.

—¿Qué haré?—preguntó a los que le rodeaban mientras corrían a todo galope

Ida y sus flores

de sus caballos en la obscuridad de la noche.

—Ir a París—se le contestó.

Prosiguió, pues, su camino, adelantándose a su ejército, luchando por despertar las energías de su perturbado entendimiento, en otro tiempo tan claro y vigoroso, forzando la imaginación por hallar un medio que le permitiese salvar su trono.

A las cuatro de la mañana llegó a París y se encaminó a su palacio. Lo único que pudo hacer al hallarse en él fué pasear de una a otra parte de sus doradas y espaciosas habitaciones, exclamando: «¡Oh Dios mío, Dios mío!»

Estaba vencido; había caído sobre él un terrible juicio. Antes de ahora, había vuelto por dos veces a París con el ejército destrozado. Esta era la tercera vez, y París no podía perdonárselo. Francia arrojaba de su suelo a Napoleón por última vez. ¡Una hora se le concedió para deliberar y resolver! ¡Él, que les había dado un imperio; él, que había recibido de ellos un trono, no obtenía ahora más que sesenta minutos para decidir su suerte!

Renunció al trono. Durante algunas semanas se detuvo en París, esperando que sus soldados volvieran a llamarle; luego, por última vez, salió de la capital y se entregó a un buque inglés.

IDA Y SUS FLORES

—¡TODAS mis pobres flores están marchitas!—dijo Ida suspirando.—Ayer tarde estaban frescas y hermosas, y ahora todas sus hojas están lacias. ¿En qué consiste esto?—preguntó a su hermano mayor, que era un estudiante aplicado y juicioso.

El estudiante sabía contar historias muy bonitas y recortar figuras de cartulina y papel muy lindas, corazones con mujercitas que bailaban, flores y grandes castillos a los que se podía abrir la puerta. ¡Oh! ¡Era un chico de provecho!

—¿En qué consiste que mis flores tienen hoy un aspecto tan triste?—preguntó de nuevo la niña, mostrándole un ramillete seco.

—Voy a decirte lo que tienen—dijo el estudiante.—Tus flores han estado esta noche en el baile, y se han fatigado mucho; por eso tienen la cabeza tan inclinada.

—Pero ¿acaso las flores saben bailar? ¡Nunca había oído decir semejante cosa!—dijo la niña.

—Pues saben, no lo dudes—replicó el estudiante.—De noche, cuando todo está en tinieblas y nadie puede verlas, saltan y se regocijan.

—¿Y los niños no pueden asistir a sus bailes?

—Sí—respondió el estudiante;—pero son los niños del jardín, las margaritas y los musgos.

—¿Y dónde celebran sus bailes las flores?—preguntó la niña.

—¿No te acuerdas del paseo en que está el gran castillo que sirve al rey de palacio de verano, y donde hay un magnífico jardín de flores? ¿No te has fijado en los majestuosos cisnes que nadan hacia ti cuando les das miguitas de pan? Pues allí es donde se dan los grandes bailes.

—Pero yo he ido ayer por la tarde con mamá al jardín—replicó la niña,—y no había en él ni hoja en los árboles, ni una sola flor, porque estamos en otoño. ¿Dónde se encuentran ahora las flores?

—Están dentro del castillo, en un hermoso invernadero de cristales que hay en él—contestó el estudiante.—En cuanto el rey y los cortesanos vuelven a la ciudad, las flores salen del jardín, entran en el castillo y pasan una vida muy alegre. ¡Oh; si tú las vieras! Las dos rosas más hermosas y aromáticas se sientan en el trono y hacen los papeles de rey y de reina. Las crestas de gallo de color rojo vivo, se colocan en fila a los lados y se inclinan; hacen el papel de oficiales de la Casa Real. En seguida vienen las demás flores, y celebran un gran baile. Las violetas azules hacen de alumnos del Colegio de Estado Mayor: bailan con los jacintos y los claveles, a quienes llaman señoritas; los